

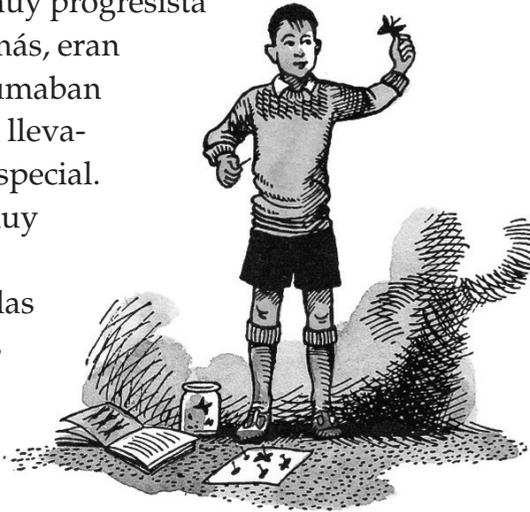
LA TRAVESÍA DEL VIAJERO DEL ALBA

CAPÍTULO 1

El cuadro del dormitorio

Había una vez un chico llamado Eustace Clarence Scrubb, y casi se merecía tal nombre. Sus padres lo llamaban Eustace Clarence y los profesores, Scrubb. No puedo decirte cómo se dirigían a él sus amigos porque no tenía. Él, por su parte, no llamaba a su padre y a su madre «papá» y «mamá», sino Harold y Alberta. Eran una familia muy progresista y moderna, y, además, eran vegetarianos, no fumaban ni bebían alcohol y llevaban ropa interior especial. En su casa había muy pocos muebles y muy poca ropa en las camas; además, las ventanas estaban siempre abiertas.

A Eustace



❖ LAS CRÓNICAS DE NARNIA ❖

Clarence le gustaban los animales, en especial los escarabajos si estaban muertos y clavados con un alfiler en una cartulina; también le gustaban los libros si eran de divulgación y tenían fotografías de elevadores de grano o de niños extranjeros gordos que hacían ejercicio en escuelas modelo.

Eustace Clarence sentía aversión por sus primos, los cuatro Pevensie: Peter, Susan, Edmund y Lucy; pero se alegró bastante al enterarse de que Edmund y Lucy irían a pasar con él una temporada. En lo más profundo de su ser sentía una gran debilidad por mangonear e intimidar a la gente y, si bien era una criatura enclenque y menuda que no habría podido enfrentarse ni siquiera a Lucy, y mucho menos a Edmund, en una pelea, sabía que existían docenas de formas para hacer que la gente lo pasara mal si uno estaba en su propia casa y los demás sólo de visita.

Ni Edmund ni Lucy querían ir a pasar una temporada con el tío Harold y la tía Alberta, pero no había otro remedio. Su padre había conseguido un trabajo como conferenciante en Estados Unidos durante dieciséis semanas aquel verano, y su madre iba a ir con él porque la pobre no había disfrutado de unas auténticas vacaciones desde hacía diez años. Peter estaba estudiando mucho para aprobar un examen y pasaría las vacaciones dando clases con el anciano profesor Kirke, en cuya casa los cuatro niños habían disfrutado de maravillosas aventuras tiempo atrás, en los años

❖ LA TRAVESÍA DEL VIAJERO DEL ALBA ❖

de la guerra. Si el profesor hubiera seguido en su antigua vivienda los habría invitado a todos a quedarse con él; pero su situación económica había empeorado bastante desde entonces y vivía en una casa pequeña con una única habitación de invitados. Como habría costado demasiado dinero llevar a los tres niños restantes a Estados Unidos, sólo había podido ir Susan.

Susan era la más bonita de la familia, en opinión de las personas mayores, y no demasiado buena en los estudios —aunque por lo demás muy madura para su edad— y su madre dijo que «obtendría mucho más del viaje a Estados Unidos que los más pequeños». Edmund y Lucy intentaron no tomarse a mal la suerte de su hermana, pero resultaba espantoso tener que pasar las vacaciones de verano en casa de su tía.

—Pero es mucho peor para mí —dijo Edmund—, porque tú, al menos, tendrás tu propia habitación, y yo tendré que compartir el dormitorio con ese odioso Eustace.

El relato se inicia un tarde en que Edmund y Lucy habían conseguido pasar unos minutos preciosos los dos juntos. Y como es natural hablaban de Narnia, que era el nombre de su mundo particular y secreto. Supongo que casi todos nosotros poseemos un país secreto, pero para la mayoría no es más que un país imaginario. Edmund y Lucy tenían más suerte que otras personas en ese sentido, pues su mundo secreto era real y lo habían visitado ya en dos ocasiones; no

❖ LAS CRÓNICAS DE NARNIA ❖

jugando o en sueños sino en la realidad. Desde luego habían llegado allí mediante la magia, que es el único modo de acceder a Narnia. Y en la misma Narnia se les había hecho la promesa, o algo muy parecido a una promesa, de que regresarían algún día. Puedes imaginar, por lo tanto, que hablaban largo y tendido sobre ello cada vez que tenían la oportunidad.

Estaban en la habitación de Lucy, sentados en el borde de la cama y contemplando un cuadro situado en la pared opuesta. Era el único cuadro de la casa que les gustaba. A tía Alberta no le gustaba nada —motivo por el que había ido a parar a una pequeña habitación trasera del piso superior de la casa—, pero no podía deshacerse de él ya que había sido un regalo de boda de una persona a la que no quería ofender.

Era la pintura de un barco; un barco que navegaba directo hacia el espectador. La proa era dorada y tenía la forma de la cabeza de un dragón con las fauces totalmente abiertas. Poseía un único mástil y una vela cuadrada enorme de un intenso color púrpura, y los costados de la nave —lo que uno podía ver de ellos donde terminaban las alas doradas del dragón— eran verdes. El navío acababa de ascender a lo alto de una soberbia ola azul, cuya pendiente frontal descendía vertiginosamente hacia el observador, vetada de espuma y burbujas. Era evidente que el barco navegaba a toda vela con el viento a favor, y ligeramente escorado a babor. (A propósito, para poder leer este relato, y

❖ LA TRAVESÍA DEL VIAJERO DEL ALBA ❖

por si no lo sabías, será mejor que recuerdes que el lado izquierdo de un barco cuando miras al frente se llama «babor» y el lado derecho, «estribor».) Toda la luz del sol caía sobre la nave desde babor y allí el agua estaba llena de tonos verdes y morados, mientras que en el otro lado era de un azul más oscuro debido a la sombra que proyectaba la embarcación.

—La cuestión es si no empeora las cosas contemplar un barco narniano cuando uno no puede ir a Narnia —dijo Edmund.

—Pero mirar es mejor que nada —repuso su hermana—. Y es una nave tan narniana...

—¿Todavía seguís con esa canción? —inquirió Eustace Clarence, que había estado escuchando al otro lado de la puerta y entraba entonces con una sonrisa de oreja a oreja.

El año anterior, mientras pasaba unos días con los Pevensie, se las había arreglado para escucharlos mientras hablaban sobre Narnia y le encantaba mencionarlo en tono burlón. Desde luego pensaba que todo eran invenciones de sus primos; y puesto que él era demasiado estúpido para inventar algo, no le parecía nada bien.

—Márchate, no queremos verte —dijo Edmund en tono cortante.

—Intentaba pensar en un poema humorístico —respondió él—. Algo parecido a esto:

❖ LAS CRÓNICAS DE NARNIA ❖

*Unos niños que cosas sobre Narnia se inventaron,
la sesera perdieron poco a poco...*

—Vaya, pues para empezar, «inventaron» y «poco» no riman —dijo Lucy.

—Es una asonancia —indicó Eustace.

—No le preguntes qué es una «aso» lo que sea —advirtió Edmund—. Está deseando que lo hagamos. No digas nada y a lo mejor se va.

Muchos niños, ante un recibimiento parecido, o bien se habrían marchado o se habrían enfurecido. Eustace no hizo ninguna de las dos cosas, sino que se limitó a permanecer allí con una sonrisa estúpida en el rostro, y al cabo de un rato volvió a hablar.

—¿Os gusta ese cuadro? —preguntó.

—Por el amor de Dios, que no empiece ahora con ese rollo sobre el arte —se apresuró a decir Edmund, pero Lucy, que era muy sincera, ya había respondido.

—Sí, me gusta mucho.

—Es una pintura asquerosa —dijo Eustace.

—Pues no tendrás que verla si sales de la habitación —replicó Edmund.

—¿Por qué te gusta? —preguntó Eustace a Lucy.

—Bueno, pues para empezar —contestó ésta— porque parece que el barco se mueve de verdad. Y el agua parece realmente líquida. Y las olas dan la impresión de subir y bajar como si fueran reales.

Desde luego Eustace conocía gran cantidad de res-

❖ LA TRAVESÍA DEL VIAJERO DEL ALBA ❖

puestas para aquello, pero no dijo nada, y el motivo fue que en aquel momento miró las olas y vio que sí daban la impresión de ascender y descender. Había estado en un barco solamente en una ocasión (aunque no había ido más allá de la isla de Wight) y se había mareado muchísimo, y, ahora, el aspecto de las olas del cuadro volvía a provocarle náuseas. Su rostro adquirió una tonalidad verdosa pero intentó mirar de nuevo el cuadro. Y entonces los tres niños se quedaron boquiabiertos.

Lo que veían puede resultar difícil de creer leído en letra impresa, pero resultaba casi igual de difícil de creer cuando ellos lo vieron con sus propios ojos. Los objetos del cuadro se movían. Ni siquiera se parecía a una película; los colores eran demasiado reales, nítidos y naturales para eso. La proa del barco descendió al interior de una ola lanzando al aire una cortina de agua. Y la ola ascendió detrás de éste, y la popa y la cubierta resultaron visibles por vez primera, y a continuación desaparecieron cuando la siguiente ola fue a su encuentro y la proa volvió a ascender. Al mismo tiempo un cuaderno que había junto a Edmund, sobre la cama, aleteó, se alzó y salió volando por los aires hasta la pared situada detrás, y Lucy sintió que sus cabellos se arremolinaban con fuerza como sucede en un día ventoso. ¡Y lo cierto es que era un día ventoso!, pero el viento soplaba sobre ellos desde el cuadro. Y de repente, junto con el viento llegaron los sonidos; el rumor de las

❖ LAS CRÓNICAS DE NARNIA ❖

olas y el chapoteo del agua contra los costados de la nave y los crujidos y el dominante rugido general del aire y el agua. Pero fue el olor, el profundo olor salino, lo que realmente convenció a la niña de que no soñaba.

—Basta —oyeron decir a Eustace, con un chillido de terror y mal genio—. No es más que algún absurdo truco vuestro. Basta ya. Se lo diré a Alberta... ¡Ay!

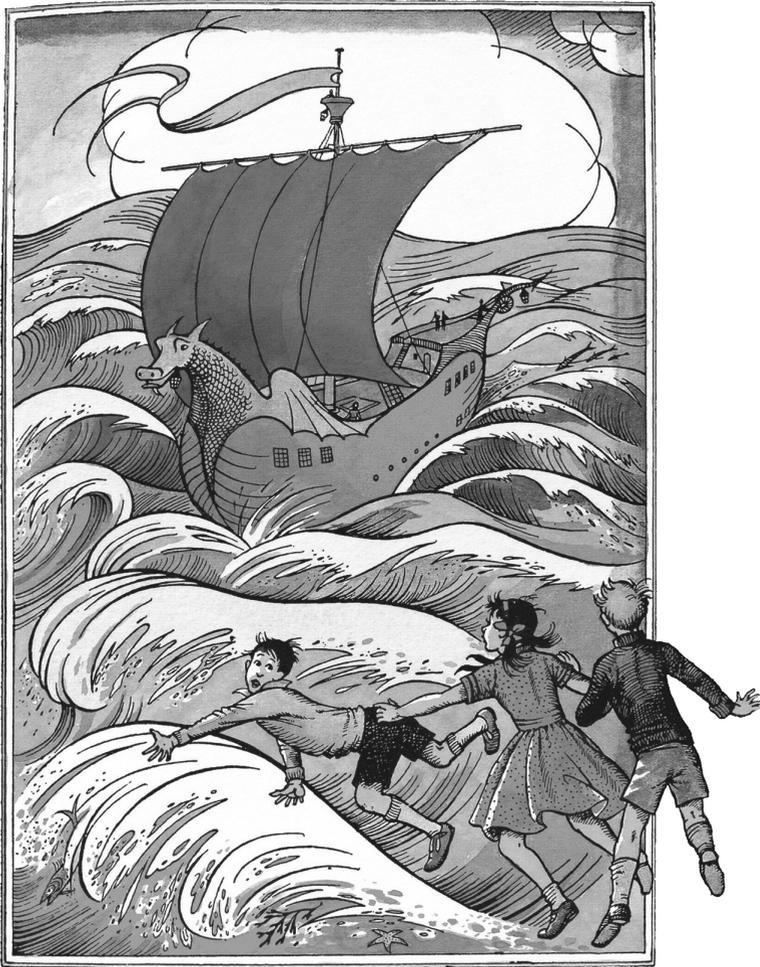
Los otros dos estaban mucho más acostumbrados a las aventuras, pero, justo en el mismo instante en que Eustace Clarence decía «¡Ay!», también ellos dos exclamaron «¡Ay!». El motivo era que un gran chorro de fría agua salada había surgido del marco y el violento impacto los había dejado sin aliento, además de empapados de pies a cabeza.

—Voy a destrozar esa cosa repugnante —gritó Eustace.

En aquel momento sucedieron varias cosas a la vez. Eustace se abalanzó sobre la pintura. Edmund, que sabía algo sobre magia, saltó tras él, advirtiéndole que tuviera cuidado y no fuera idiota. Lucy intentó sujetar a su primo desde el otro lado y se vio arrastrada al frente. Y para entonces o bien ellos se habían vuelto muy pequeños o bien el cuadro había crecido, pues Eustace saltó para intentar arrancarlo de la pared y se encontró de pie sobre el marco; frente a él no había un cristal sino un mar auténtico, y el viento y las olas se abalanzaban hacia el marco como lo harían hacia una roca. El pánico se apoderó del niño, que se aferró a los

❖ LA TRAVESÍA DEL VIAJERO DEL ALBA ❖

otros dos, que habían saltado al marco detrás de él. Se produjo un instante de forcejeos y gritos, y justo cuando pensaban que habían recuperado el equilibrio, una enorme ola azul se alzó a su alrededor, los derribó y los arrastró al agua. El grito de desesperación de



❖ LAS CRÓNICAS DE NARNIA ❖

Eustace se ahogó bruscamente al llenársele de agua la boca.

Lucy dio gracias al cielo por haberse esforzado tanto por mejorar su natación durante el trimestre de verano. Es cierto que le habría ido mucho mejor si hubiera empleado una brazada más lenta, pero es que además el agua resultaba bastante más fría de lo que parecía en la pintura. Aun así, mantuvo la serenidad y se quitó los zapatos con una sacudida de los pies, como debe hacer todo aquel que cae vestido a aguas profundas. Incluso mantuvo la boca cerrada y los ojos abiertos. Se encontraban todavía bastante cerca del barco; vio como el costado verde de la nave se alzaba sobre sus cabezas, y a gente que miraba desde la cubierta. Entonces, como era de esperar, Eustace se agarró a ella, presa del pánico, y los dos se hundieron.

Cuando volvieron a salir a la superficie, la niña vio una figura blanca que se zambullía desde el costado del buque. Edmund ya estaba cerca de ella, pataleando en el agua, y había agarrado los brazos del vociferante Eustace. Luego otra persona, cuyo rostro resultaba vagamente familiar, le pasó a Lucy un brazo por debajo desde el otro lado. En el barco la gente gritaba, las cabezas se agolpaban en la borda y arrojaban al mar gran cantidad de cuerdas. Edmund y el desconocido le sujetaron cuerdas a la cintura. Después de aquello siguió lo que pareció una larga espera, en la que su rostro se tornó azulado y los dientes empeza-

❖ LA TRAVESÍA DEL VIAJERO DEL ALBA ❖

ron a castañetearle. En realidad la demora no fue muy larga; lo que hacían era esperar el momento en que pudieran izarla a bordo de la nave sin que se estrellara contra el costado del barco. A pesar de todos los esfuerzos, Lucy descubrió que tenía una rodilla magullada cuando por fin se encontró de pie en la cubierta, chorreando y temblando de frío. Después de ella izaron a Edmund, y por último al desconsolado Eustace. El último en subir fue el desconocido: un muchacho de melena dorada unos cuantos años mayor que Lucy.

—¡Ca... Ca... Caspian! —dijo la niña con un grito ahogado en cuanto tuvo aliento suficiente para ello.



Las CRÓNICAS de
NARNIA[®]
 C. S. LEWIS

Hace 50 años, C.S. Lewis creó un mundo de fantasía capaz de seducir al lector ávido de aventuras y despertar en él ese deseo innato, mezcla de curiosidad y admiración, hacia un mundo mejor. Siete argumentos distintos, uno para cada uno de los siete títulos de Las crónicas de Narnia que comparten aventura, misterio y fantasía y que convergen en la tierra de Narnia. Siete relatos maravillosos que invitan al lector a escapar de su cotidianidad y a partir en busca de todo cuanto nuestro mundo limitado no nos puede ofrecer.



El sobrino del mago



El león, la bruja
y el armario



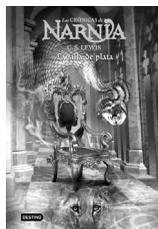
El caballo
y el muchacho



El príncipe Caspian



La travesía del
Viajero del Alba



La silla de plata



La última batalla

Narnia, la tierra donde todo puede suceder.

www.destinojoven.com/narnia

Las crónicas de Narnia®, Narnia® y los títulos de los diferentes tomos, así como los personajes y detalles relacionados con éstos, son marca registrada de CS Lewis Pte Ltd.

Artwork/illustrations © 2008 DISNEY/WALDEN

